

noche en que vive siente la hora profética, esa que "los justos esperan rezando desde siglos", y "los nietos de los mutilados, los ciegos de las guerras la sienten venir". Lo casual, lo momentáneo, lo que es sólo accidente, cobra talla y dimensión distintas y se convierte en imágenes cercenadas de intensificación oscura y de múltiples interpretaciones.

Los versos del "De profundis" no son sentimientos latos, sino relámpagos de intuición, condensaciones dolorosas y experiencias angustiadas. En aras de su arquitectura, Marcos Victoria ha sido transeúnte de muchas ciudades, se ha mezclado con personas y plantas, ha hecho de buzo en la historia y en la leyenda, ha sentido cómo se desintegran las cosas y cómo los recuerdos ignotos se entremezclan a las situaciones de hace un instante. Lo que ha puesto en juego es la memoria subconsciente, los resortes oníricos, la confrontación de cosas que no se parecen las unas a las otras, y todas ellas mezcladas, trasvenándose, confundiéndose como las raíces en el bosque, hasta no ser más que sustancia de la sangre, imagen del propio ser, vertida a oleadas de canto y en vocablos sonámbulos que se enfilan en una hora muy singular de nuestra época.

Así es como de la claridad serena de su primer libro *Las voces*; de la música bien regida de *El paraíso imperfecto*; de su actitud de modernista refrenado, Marcos Victoria asciende —por el predominio de las cualidades emotivas en su potencia poética— a un lirismo romántico, en el que saltan las imágenes de manera eruptiva, las contradicciones reales se deforman hasta no ser sino cosas soñadas, y la técnica se adelgaza, se aligera y oscurece, hasta no ser más que verbo impenetrable de un expresionista, a quien la angustia lo ha saturado de tal modo que ha concluido por volvérselo consubstancial.

GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS

JOSÉ ALMOINA, *La biblioteca erasmista de Diego Méndez*.—Ciudad Trujillo, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Volumen xxxv, 1945.

De la Ciudad Primada de América nos viene esta obra, escrita por un distinguido catedrático español que ahora reside en Santo Domingo. Aportación interesante para el conocimiento del siglo xvi en su aspecto filosófico y social, el libro constituye uno de los regalos más agradables para el lector.

Considera el autor, con razón, que "el rastreo de la influencia de Erasmo en América constituye uno de los temas más atrayentes en el estudio de la cultura colonial, por lo mismo que los ideales del Roterodamés saturaron toda la vida espiritual española en el momento cenital de su historia", y viene a su memoria el recuerdo de Marcel Bataillon, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

Este Diego Méndez, de quien se ocupa el libro, fué una de las figuras más interesantes de la gran epopeya del descubrimiento de América. Compañero de Cristóbal Colón en su cuarto viaje de exploración, sirve lealmente al descubridor, lo aconseja en los momentos difíciles y realiza una de las grandes hazañas de la época: viaja en compañía de otro español, Bartolomé Fiesco, y de unos cuantos indios, en una frágil canoa "desde Jamaica hasta La Española para dar aviso a Ovando de la desesperada situación en que quedaban el almirante y sus hombres; al decir de un historiador, una de las más arriesgadas y gloriosas expediciones que jamás hombre alguno ha emprendido".

El nombre de Méndez aparece ligado desde entonces a la vida del almirante y de su hijo don Diego. Ya en Santo Domingo, ya en Sevilla, vive intensamente su época. No logra obtener el Alguacilazgo Mayor de la ciudad de Santo Domingo que le promete el descubridor, promesa refrendada por su hijo. Vive en la brillante corte que se reunió en torno de doña María de Toledo, esposa de don Diego, y en la que se destacan las figuras de los hermanos de don Cristóbal, don Diego y don Bartolomé. Aparece en los documentos de la época como "criado del Almirante, Virrey de Indias", o bien como "Contador del señor Almirante de las Indias".

Particularmente interesante es el testamento que otorga Diego Méndez en la villa de Valladolid, residencia entonces de la Corte, el 6 de junio de 1536, ante Fernán Pérez, escribano de Sus Majestades y notario público en la corte. Resulta documento humano y palpitante página de la historia de aquellos tiempos. Narra en él sus aventuras y dispone para su enterramiento que sus "albaceas compren una piedra grande, la mejor que hallaren y se ponga sobre mi sepultura y se escriba en derredor de ella estas letras: Aquí yace el honrado caballero Diego Méndez, que sirvió mucho a la corona Real de España en el descubrimiento y conquista de las Indias con el Almirante don Cristóbal Colón, de gloriosa memoria, que las descubrió y después, con naos suyas a su costa, falleció etc. Pido de limosna un Pater Noster y un Ave María. Item: En medio de la dicha piedra se haga una canoa que es un madero cavado en que los indios nave-

gaban, porque en otra tal navegó 300 leguas y encima pongan unas letras que digan 'canao'."

En otra de las cláusulas del testamento, lega a sus hijos un buen caudal de libros "que dice tener en Santo Domingo en el arca grande". De la enumeración que de ellos hace el testador, saca don José Almoína muy interesantes consecuencias. Estos libros son *El arte de buen morir*, probablemente en la edición de Burgos, de 1535; *Un sermón de Erasmo en romance*, tal vez, sugiere el comentador, la traducción aparecida con el nombre de *Exposición y sermón sobre dos salmos*, "el uno el *Beatus vir* y el otro *Cum invocarem*"; *La lingua de Erasmi*, dedicado a la disquisición de cuestiones filológicas; *Los coloquios*, que no podían faltar en la biblioteca de ningún hombre culto de la época, y por último el tratado *Querela Pacis*, nacido al calor de los acontecimientos contemporáneos, entre ellos la proyectada entrevista del Emperador Maximiliano, de Carlos V y Francisco I de Francia en la ciudad de Cambrai, para mantener la paz.

El estudio de cada uno de tales tratados da oportunidad a Almoína para desenvolver los grandes conocimientos que sobre la obra de Erasmo atesora. Es el español residente en Santo Domingo uno de los erasmistas más disertos que honran este género de estudios.

El capítulo II de la obra, que el autor titula "Una revolución espiritual", es para mí particularmente interesante. Lamento sólo que no haya llegado el libro a mis manos antes de la publicación de mi obra reciente sobre las *Herejías y supersticiones en la Nueva España*, porque su lectura me habría dado oportunidad de aclarar ciertos puntos que en la obra de Almoína se hallan magistralmente tratados, entre ellos, por ejemplo, aquel en que se liga el origen del movimiento de los "iluminados", "dejados" o "recogidos" con la mística y la ascética contemporánea, y las infiltraciones luteranas que se dejaban sentir por todas partes.

En fin, el libro de don José Almoína es un espléndido estudio sobre la cultura del siglo XVI. Lleno de sugerencias, ilumina con nuevos resplandores una época decisiva para la humanidad y despierta en el curioso un afán de adentrarse en el conocimiento de un mundo que nacía y renacía, al calor de los más audaces impulsos del pensamiento humano.